

Héctor Abad Faciolince

El polvo que nos ignora

Jorge Volpi

La figura del padre, siempre contradictoria, ya desde la Carta al padre de Franz Kafka, hasta la noción freudiana del parricidio simbólico, sirve a Jorge Volpi para contrastar la figura del progenitor tiránico con la del hombre bueno en la novela del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince, El olvido que seremos.

I

Querido padre, me preguntaste una vez por qué afirmaba yo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe qué contestar, en parte, justamente por el miedo que te tengo, y en parte porque en los fundamentos de ese miedo entran demasiados detalles como para que pueda mantenerlos reunidos en el curso de una conversación. Y, aunque intento ahora contestarte por escrito, mi respuesta será, no obstante, muy incomprensible, porque también al escribir el miedo y sus consecuencias me inhiben ante ti, y porque la magnitud del tema excede mi memoria y mi entendimiento.

Así comienza uno de los testimonios más lúcidos y estremecedores en torno a la relación —mejor: el enfrentamiento— entre padres e hijos: la larga carta escrita por Franz Kafka en Schelesen, Bohemia, en noviembre de 1919. Más que un reproche o una invectiva, su tono frío y tenso recuerda a un examen. Al explorar el abismo que los separa, el hijo emprende una autopsia del poder encarnado en esa figura severa y distante. Frente a ese hombre ancho y corpulento, que se asume como portador de una verdad única, el joven Kafka se siente irremediabilmente débil y apocado.

“Tú eras para mí la medida de todas las cosas”, escribe, sólo para reconocer su posición marginal: “Desde tu sillón gobernabas el mundo. Tu opinión era la única correcta, y cualquier otra, absurda, exagerada, insensata, anormal”. El hijo se descubre atrapado en un sitio inhóspito, cuyas normas no alcanza a elucidar, porque el responsable de implantarlas —el viejo Kafka— ni siquiera es coherente con ellas:

el mundo quedó para mí dividido en tres partes: una donde vivía yo, el esclavo, bajo leyes inventadas exclusivamente para mí, y a las que, además, no sabía por qué, no podía adaptarme por entero; luego, un segundo mundo, infinitamente distinto del mío, en el que vivías tú, ocupado en gobernar, impartir órdenes y enfadarte por su incumplimiento; y, finalmente, un tercer mundo donde vivía la demás gente, feliz y libre de órdenes y obediencia.

Todo el universo literario de Kafka, de *La metamorfosis* a *El proceso*, parece condensarse en estas líneas: de buenas a primeras, sin ninguna justificación, alguien se descubre en un escenario incomprensible, sometido a acusaciones o condenas arbitrarias, rebajado a la condición de insecto, paria o reo. Con demasiada frecuencia se confunde a Kafka con un escritor fantástico, pero no



© Jordi Sotoca

Héctor Abad Faciolince

existe descripción más realista de la toma de conciencia de un hijo o un ciudadano sometido a una autoridad implacable. La consecuencia es, según el joven K., la pérdida del habla; en un hogar —o una sociedad— donde el desacuerdo está proscrito, la palabra pierde su sentido: “Adquirí una manera entrecortada, tartamudeante, de hablar en tu presencia [...], y aun eso era demasiado para ti, de manera que finalmente me quedé callado, al principio tal vez por terquedad y más tarde porque en tu presencia no podía ni pensar ni hablar”.

En la *Carta al padre*, lo privado y lo público se confunden: la denuncia del hijo se transmuta en la del ciudadano que, ante el silencio que se le impone, combate la tartamudez y recupera el habla. Nada más alejado del joven Kafka —un funcionario flacucho y distraído— que la efigie heroica del disidente, pero, al escribir esta misiva, desmontando el entramado de poder de su familia, se adelanta a quienes muy pronto cuestionarán, desde las ópticas más diversas, el sistema patriarcal propio de Occidente.

Nos hallamos en Bohemia, en 1919, al término de la Primera Guerra Mundial y la carta del joven K. se lee no sólo como un retrato del autoritarismo de su órbita familiar, sino como una anticipación de los regímenes totalitarios que muy pronto se impondrán en el mapa europeo. No es Kafka, por supuesto, el primero en establecer la correspondencia entre padre y nación —los propios términos *Vaterland*, *fatherland* y *patria* ya lo indican—, pero sí uno de los más agudos al revelar los sutiles mecanismos de la opresión, dibujando con analogías y metáforas la lógica del miedo que prevalece en las sociedades donde la posibilidad de contradecir a la autoridad ha sido aniquilada.

Mientras esto ocurre, otro judío de Bohemia, aunque afincado en Viena, también se esfuerza por explicar las relaciones de poder que se hunden en el interior de las familias. Con su interés por escarbar en la “pulsión edí-

pica”, Freud no se aparta del novelista checo: al dibujar —al imaginar— al padre como el tirano que todo hijo necesita derrostrar para arrebatarse a la esposa-madre, el psicoanalista justifica, desde los territorios del inconsciente, las revoluciones que se opondrán a la infinita caterva de dictadores que se presentan como figuras paternas.

“Matar al padre” se transforma, a partir de la formulación freudiana, no sólo en un dictado primigenio, sino en un programa político y cultural. Conscientes de que los padres son, por naturaleza, dictadores, no queda más remedio que combatirlos en una guerra que a veces se prolonga de por vida. Toda figura de autoridad —un escritor, un artista, un científico, incluso un psicoanalista— se vuelve blanco de ataque.

El fin de la Segunda Guerra Mundial marca el triunfo de esta agenda parricida, que alcanza su esplendor con las protestas estudiantiles de los años sesenta y setenta. De pronto, la idea de aniquilar al padre se pone de moda: nada más fácil para sobresalir que arremeter contra cualquier figura tutelar. La brutalidad de la *Carta al padre* encarna, de pronto, un anhelo omnipresente, y no tardan en multiplicarse las novelas, memorias y autobiografías que exhiben la forma como sus protagonistas aniquilan a sus padres.

Por eso sorprende tanto una memoria como *El olvido que seremos*, del colombiano Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1959): una *Carta al padre* en la que éste, don Héctor Abad Gómez, un médico liberal y comprometido con la defensa de los derechos humanos, en vez de ser asesinado simbólicamente por su hijo, es asesinado por las fuerzas paramilitares ligadas con el Estado. Este libro no es, pues, una apología de su figura, sino el intento de un hijo por resucitar a un padre que, debido a su tolerancia y bonhomía, y su odio a la discriminación y la barbarie, es el reverso del viejo Kafka. Un padre *bueno* cuyo retrato representa un singular desafío literario.

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

El olvido que seremos

AE
& I



II

A lo largo de los años setenta y ochenta, Colombia se había convertido en uno de los escenarios más conflictivos del planeta.¹ Al calor de la guerra fría, numerosos grupos guerrilleros disputaban la legitimidad de la lucha revolucionaria contra gobiernos que consideraban imperialistas o espurios; destacaban, entre éstos, las sanguinarias Fuerzas Revolucionarias Armadas de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), nacidos a mediados de los sesenta —y aún en activo—, así como el Movimiento 19 de Abril (M-19), surgido en 1970 y desmovilizado en los años noventa.

Durante la presidencia de Julio César Turbay Ayala (1978-1982), el Estado colombiano se embarcó en una estrategia de combate frontal a la guerrilla. Sin embargo, la constitución del grupo paramilitar denominado

¹ Véase Alma Guillermoprieto, *Looking for History: Dispatches from Latin America*, Random House, 2007, p. 26 y ss.

Muerte a los Secuestradores (MAS), a principios de 1982, inundó el país con una inusitada espiral de violencia, ahora desplegada tanto por los distintos grupos guerrilleros como por aquéllos veladamente apoyados por el gobierno. Formado por pequeños industriales y finqueros, miembros del cártel de Medellín, antiguos integrantes de las fuerzas armadas y guardias de seguridad privada, el MAS se propuso acabar con los secuestros perpetrados por la guerrilla utilizando todos los medios a su alcance. A un año de su creación, se habían reportado ya doscientos cuarenta asesinatos por parte de sus escuadrones, principalmente de campesinos, líderes sociales y activistas de izquierda.²

En 1983, una nueva organización, la Asociación Campesina de Agricultores y Ganaderos del Magdalena Medio (Acdegam), se propuso ofrecer una fachada más o menos legal a los paramilitares. Tras una primera etapa en la que dio vida a instituciones encargadas de promover los valores nacionales y el anticomunismo, a partir de 1985 concentró sus recursos en apoyar las maniobras del MAS.³ Cuando, a raíz de las conversaciones de paz iniciadas por el presidente Belisario Betancur (1982-1986), ex miembros de las FARC y militantes comunistas crearon el partido Unión Patriótica, la Acdegam y el MAS se empeñaron en eliminar a sus líderes y simpatizantes, empezando por Jaime Pardo, uno de sus principales impulsores, abatido por un sicario el 11 de octubre de 1987.

Poco antes se había iniciado el ascenso de la familia Castaño en la zona de Antioquia.⁴ Hijos de un finquero secuestrado y asesinado por las FARC, Fidel y Carlos Castaño organizaron una red de grupos de choque dedicados a combatir a los guerrilleros de la zona; se les acusa de haber ejecutado a unas doscientas personas (otras fuentes hablan de entre cuatrocientas y un mil doscientas).⁵ Ansioso por profesionalizar su lucha, Carlos Castaño, alias El Pelao, viajó a Israel y más adelante recibió cursos de Yair (o Jair) Klein, un antiguo militar que, bajo el paraguas de su compañía de seguridad, Spearhead, asesoró a los paramilitares durante los siguientes años.⁶ Según apuntó El Pelao en una entrevista, inspirados por las tácticas israelíes contra los palestinos, empezaron a considerar como objetivos militares a todas aquellas personas o grupos que cobijasen o defendían a la guerrilla, lo cual derivó en el asesinato de decenas de activistas sociales y defensores de los derechos humanos.⁷

² Peter Santina, "Army of terror", *Harvard International Review*, Winter 98/99, volumen 21, p. 1.

³ Olga Behar y Carolina Ardilla, *El caso Klein. El origen del paramilitarismo*, Icono, Bogotá, 2012, p. 151.

⁴ Mauricio Aranguren, *Mi confesión*, Oveja Negra, 2001, p. 99 y ss.

⁵ Mauricio Romero, *Paramilitares y autodefensas 1982-2003*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), 2003, p. 38.

⁶ Olga Behar y Carolina Ardilla, *El caso Klein*, capítulo V.

⁷ Forrest Hylton, *Evil Hour in Colombia*, Verso, p. 68.

Fue justo en ese momento cuando Héctor Abad Gómez fue asesinado en Medellín por un par de sicarios. Abad Gómez había sido profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia, fundador de la Escuela de Salud Pública y consultor de la Organización Mundial de la Salud. Retirado de sus labores académicas, se convirtió en un vigoroso activista, cuyas simpatías hacia la izquierda se habían acentuado con los años, aunque jamás dejó de presentarse como demócrata. Con un par de amigos creó el Comité para la Defensa de Derechos Humanos de Antioquia cuando los enfrentamientos entre la guerrilla y los paramilitares se volvieron más cruentos. Aunque la investigación judicial jamás esclareció los hechos, su muerte pareció obedecer a la táctica paramilitar de acabar con todas las figuras contrarias a sus intereses.

Casi veinte años después de su desaparición, el hijo mayor de Abad Gómez, el novelista Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1958), se decidió a narrar la historia de su padre en *El olvido que seremos*: un retrato íntimo del médico asesinado cuya fortaleza recae en la sinceridad y la fuerza con las que un hijo recrea la vida de una de las tantas víctimas inocentes que, a lo largo de los últimos decenios, se ha cobrado el conflicto colombiano.

III

Desde que las distintas naciones de América Latina alcanzaron su independencia, la región ha sido escenario de una interminable serie de conflictos, inevitablemente reflejados en su literatura. Guerras civiles e invasiones extranjeras, levantamientos y asonadas, revoluciones y contrarrevoluciones se sucedieron en su territorio hasta las últimas décadas del siglo XX, dando lugar a una pródiga lista de novelas y relatos. En este escenario tormentoso, Colombia vivió en el siglo XX un largo periodo de inestabilidad que —caso único en el continente— aún no se ha cerrado. No es casual que, para describir las cruentas luchas entre liberales y conservadores entre 1930 y 1953, los colombianos hayan acuñado el término de “La Violencia”, ni que la obra cumbre de sus letras —y de la literatura latinoamericana en su conjunto—, *Cien años de soledad* (1967), de Gabriel García Márquez, sea un recuento fantástico de la sucesión de estallidos sociales padecidos por esta nación.

Desde mediados del siglo pasado, Colombia ha experimentado una nueva “tormenta perfecta” de violencia (aunque ya sin el apelativo); al surgimiento de distintos movimientos guerrilleros de inspiración marxista, se añadió el auge del narcotráfico —con figuras emblemáticas como Pablo Escobar o José Gonzalo Rodríguez Gacha, El Mexicano— y la aparición de los paramilitares. La actividad de todos estos grupos, sumada a las di-

ficiles condiciones de vida de ciudades como Medellín o Cali, generó el predominio de los “sicarios” —elegante nombre latino, derivado de la *sica* o daga usada por los asesinos—: jóvenes de los barrios pobres de estas ciudades contratados por los bandos en pugna para cometer sus crímenes.

Como escribió Alonso Salazar J. en *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*:

el país está bajo la presencia de un fenómeno sorprendente: jóvenes dispuestos a morir, al estilo de los fundamentalistas islámicos o de los kamikazes japoneses. Con la diferencia sustancial de que estos suicidas no obran movidos por un ideal político, ideológico o religioso evidente.

Ellos no sólo están dispuestos a morir en acciones espectaculares, sino que viven una cotidianidad cargada de muerte. Cuando un joven se vincula a la estructura del sicariato sabe que su vida será corta. Muchos de ellos dan, con anticipación, las instrucciones para su entierro. En realidad le temen más a la cárcel que a la muerte.⁸

A partir de los años ochenta, los narradores colombianos se interesaron cada vez más por esta subcultura de *narcos* y sicarios. A *El Divino* (1985), de Gustavo Álvarez Gardeazábal (1985), la obra pionera, se sumaron dos novelas de gran envergadura: *Leopardo al sol* (1993), de Laura Restrepo, y sobre todo *La virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo. Centrada en las desoladas vidas de los jóvenes gatilleros de Medellín, señaló el camino para las generaciones siguientes: personajes que no parecen tener otra motivación sino el rencor y la inercia; la reproducción —o, como en este caso, la reinención— de la lengua de los criminales; y un estilo que, gracias a su sequedad y su distancia, exacerba el sinsentido de sus vidas. Poco después, Jorge Franco terminó de definir las convenciones del género al incorporar una figura femenina en un mundo hasta entonces regido por los hombres en su novela *Rosario Tijeras* (1999). Ambas novelas fueron trasladadas al cine: la primera por el belga Barbet Schroeder, en 2000, y la segunda por el mexicano Emilio Maillé, en 2005.

Conforme la violencia del narcotráfico se extendió a otras ciudades latinoamericanas, los escritores de la región se apresuraron a incorporarla en sus textos. En una era dominada por la desconfianza hacia lo político, estas poderosas fuerzas al margen de la ley adquirieron de pronto un aura casi mítica: adolescentes pobres, reclutados por las mafias; hermosas jóvenes utilizadas como moneda de cambio; pistoleros enfrentados sin otra razón que el vacío existencial; héroes y villanos patéticos, con frecuencia intercambiables; un universo do-

⁸ Alonso Salazar J. en *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*, Planeta, 2002, p. 148.

minado por el peligro, la imprevisión y la muerte; policías torpes y mal pagados, siempre corruptos; y, por supuesto, unos cuantos capos multimillonarios, capaces de las mayores atrocidades.

Todos estos elementos dieron lugar a una moda de thrillers y culebrones: nuevas novelas de caballería donde nadie sabe por qué pelea; donde, como dice la canción, “la vida no vale nada”; donde los actos de heroísmo son mínimos y extremos; y donde sobrevivir más allá de los cuarenta años es ya una victoria.⁹ Esta repentina épica del *narco*, cuyas raíces pueden rastrearse en el *western* y el cine negro, con toques que van de *El Padrino* a *Pulp Fiction*, se ha transformado en un auténtico subgénero en Colombia y México, que ya ha influido en escritores del *mainstream* internacional, como el español Arturo Pérez Reverte, quien retrató a una jefa del narcotráfico en *La reina del sur* (2002), o el estadounidense Dan Winslow, que reseñó una década de combate contra las drogas en México en *El poder del perro* (2005).

Para algunos críticos, la preeminencia del *narco* ha terminado por sustituir al realismo mágico como rasgo distintivo de la literatura latinoamericana a principios del siglo XXI. Pese a los intentos de numerosos escritores latinoamericanos por escapar del exotismo asociado con los niños con cola de cerdo y las mujeres voladoras a la García Márquez,¹⁰ ahora el mundo de los capos y los sicarios parece haber acaparado el universo imaginario en torno a América Latina, ocultando otras manifestaciones que nada tienen que ver con estos temas. Aun así, es posible reconocer unas cuantas obras que escapan a los clichés e intentan abordar el fenómeno desde ópticas excéntricas: *Los ejércitos* (2009), *El ruido de las cosas al caer* (2011) y *35 muertos* (2011), de los colombianos Evelio Rosero, Juan Gabriel Vázquez y Sergio Álvarez, o *Trabajos del reino* (2004) y *Los minutos negros* (2006) de los mexicanos Yuri Herrera y Martín Solares.

Tanto por su carácter memorialístico como por su tono severo y comedido, *El olvido que seremos* no puede inscribirse dentro de la *narcoliteratura*, pero su publicación en 1997, en medio de tantas piezas dedicadas a retratar la violencia criminal de aquellos años, fue percibida como un contrapunto necesario; tanto así como para que, desde su aparición, se haya convertido en el libro de narrativa más vendido por su casa editorial en Colombia.¹¹ En un momento en que casi todos los relatos se centraban en el brutal y enloquecido universo de los

verdugos, el elogio de Héctor Abad Faciolince a la figura de su padre devolvió el protagonismo a las víctimas.

IV

El olvido que seremos toma su título de un poema de Jorge Luis Borges que, según cuenta Abad Faciolince en una página de su diario, su padre llevaba en su bolsillo cuando fue asesinado el 25 de agosto de 1987:

Lo encontramos en un charco de sangre. Lo besé y aún estaba caliente. Pero quieto, quieto. La rabia casi no me dejaba salir las lágrimas. La tristeza no me permitía sentir toda la rabia. Mi mamá le quitó la argolla de matrimonio. Yo busqué en los bolsillos y encontré un poema.¹²

El poema en cuestión, al cual Abad Faciolince primero le concede el falso título de “Epitafio”, reza así:

Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán y que es ahora
todos los hombres, y que no veremos.
Ya somos en la tumba las dos fechas
del principio y el término. La caja,
la obscena corrupción y la mortaja,
los ritos de la muerte, y las endechas.
No soy el insensato que se aferra
al mágico sonido de su nombre.
Pienso con esperanza en aquel hombre
que no sabrá que fui sobre la tierra.
Bajo el indiferente azul del cielo
esta meditación es un consuelo.

La historia de cómo estos versos de Borges aparecieron en el bolsillo del médico asesinado dio lugar a una serie de artículos del propio Abad Faciolince, luego a una ácida polémica con el poeta colombiano Héctor Alvarado Tenorio y, por fin, a una fascinante crónica, de corte casi policiaco, publicada bajo el título de “Un poema en el bolsillo”, en el libro que Abad Faciolince tituló *Traiciones de la memoria* (2009).

Obsesionado con desentrañar los motivos que llevaron a su padre a copiar estos versos, que por cierto no aparecen en las obras completas de Borges, Abad Faciolince le preguntó a Alvarado Tenorio por su autoría, dado que éste había publicado un artículo en la revista bogotana *Número*, en octubre de 1993, donde recuperaba cinco poemas inéditos de Borges, entre los que se encontraba el que Abad Gómez llevaba consigo el día

¹² Héctor Abad Faciolince, *Traiciones de la memoria*, Alfaguara, Bogotá, 2009, p. 17.

⁹ Véanse, por ejemplo, las exitosas telenovelas colombianas *Sin tetas no hay paraíso* (2006) y *El cártel de los sapos* (2008) o la estadounidense *La reina del sur* (2010).

¹⁰ Piénsese en las experiencias del grupo del *Crack* mexicano (1995) o de la antología *MacOndo* de Chile (1995).

¹¹ Entrevista con Soraya Peñuela, jefa de relaciones públicas de la editorial Planeta en Colombia, 29 de marzo de 2012.

de su muerte. Para su sorpresa, Alvarado Tenorio le contó a Abad Faciolince una historia rocambolesca y al final sostuvo que en realidad él mismo los había escrito imitando el estilo del maestro argentino.

Incrédulo, Abad Faciolince procedió a consultar a una amplia pléyade de expertos borgianos —incluidos sus biógrafos y la propia María Kodama, viuda del poeta—: todos le respondieron, sin dudarle, que el texto era apócrifo. Una vez más, Abad no cedió y se embarcó en una investigación que lo llevó por medio mundo, de París a Buenos Aires y de Mendoza a Medellín. Al cabo de un sinfín de idas y venidas, el autor de *El olvido que seremos* descubrió que su padre había copiado los versos de un artículo publicado en la revista *Semana* del 26 de mayo de 1987, que a su vez los reproducía a partir de una pequeña edición, de sólo trescientos ejemplares, publicada unos meses atrás por la diminuta editorial argentina Ediciones Anónimos con el escueto título de *5 poemas*.

Auxiliado por una fiel ayudante, a quien apoda “Bea Pina”, Abad acabó por descubrir la trama: a principios de 1986, poco antes de que Borges se trasladase definitivamente a Ginebra —donde habría de morir el 14 de junio—, el pintor Guillermo Roux, su esposa, Franca Beer, y el poeta Jean-Dominique Rey visitaron a Borges en su casa de Buenos Aires. Según Jaime Correas, responsable de editar los poemas en aquel número de *Semana*:

Roux hizo unos dibujos de él mientras Rey lo entrevistaba. Al final de la entrevista, Rey le pidió a Borges unos poemas inéditos. Borges le dijo que se los daría al día siguiente, para lo cual Franca volvió sola al otro día. Borges le dijo que abriera un cajón y que sacara unos poemas que allí había. Ella los tomó, hicieron copias, y se los dio. Eran seis.¹³

Como buen detective, Abad no se conformó con oír esta versión y poco a poco consiguió entrevistarse con la mayor parte de los protagonistas de esta historia, entre ellos Roux, Beer y Rey. Al final, quedó demostrado que el poema pertenecía a Borges y que su verdadero título era “Aquí. Hoy”. Alvarado Tenorio nunca reconoció estos hechos, y continuó inventando historias cada vez más confusas, incluyendo una según la cual el sicario que asesinó a Abad Gómez fue quien colocó el poema en su bolsillo. Abad Faciolince concluye:

soy un olvidadizo, un distraído, a ratos un indolente. Sin embargo, puedo decir que gracias a que he tratado de no olvidar a esta sombra, mi padre —arrebatado a la vida en la calle Argentina de Medellín—, me ha ocurrido algo extraordinario: aquella tarde su pecho iba acorazado so-

¹³ Abad Faciolince, *Traiciones...*, p. 79.

lamente por un frágil papel, por un poema, que no impidió su muerte. Pero es hermoso que unas letras manchadas por los últimos hilos de su vida hayan rescatado, sin pretenderlo, para el mundo, un olvidado soneto de Borges del olvido.¹⁴

v

El olvido que seremos —ya lo he anticipado— es el retrato de un hombre bueno, de un *padre* bueno, trazado por su hijo casi veinte años después de su asesinato. Desde el principio, Abad Faciolince advierte que no quiere escribir una hagiografía y que espera ser capaz de revelar los claroscuros de Abad Gómez; pese a todos sus esfuerzos, no lo consigue. Pero no porque carezca de talento narrativo —probado en obras tan notables como *Basura* (2000) o *Angosta* (2004)—, o porque sea incapaz de alcanzar la objetividad necesaria frente a una persona tan cercana, sino porque todo indica que, más allá de sus mínimos errores o sus relativos excesos, su padre

¹⁴ *Ibidem*, p. 180.

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

TRAICIONES DE LA MEMORIA



ALFAGUARA

no poseía un lado oscuro. O, si lo poseía —como llega a insinuar el hijo en alguna parte—, quedó confinado a su vida íntima y casi nunca apareció en su desempeño como padre, como médico y como figura pública.

La mayor parte del libro se detiene en esta primera faceta. Como advertí desde el principio, nos hallamos frente a *Carta al padre* inversa a la de Kafka: el testimonio de un hijo que narra con una prosa fluida y tersa su relación privilegiada con un padre excepcional. Poco importa que la mirada que nos transmite sea la del hijo deslumbrado por la sabiduría o el afecto de su padre: Abad Faciolince logra un retrato vivo y luminoso, en el que la ausencia de contrastes no vuelve la narración tediosa ni aburrida. Si *El olvido que seremos* fuese una novela, la eterna bonhomía de Abad Gómez podría haber resultado un tanto cansina; pero nos encontramos frente a un testimonio —y así debe ser leído—, y en esa medida el hecho de que existan hombres con el corazón y la entereza de Abad Gómez no puede sino conmovernos.

El olvido que seremos también es un *Bildungsroman*, un relato de formación, que describe la educación sentimental y cívica de Abad Faciolince a partir del ejemplo de su padre. Su mundo infantil es propio de la burguesía latinoamericana del momento: un ambiente dominado por el qué dirán y las buenas maneras, la omnipresencia del catolicismo y la hipocresía de quienes lo practican. Dios, o más bien la religión, marca a los distintos personajes del libro: de un lado están la madre —católica ferviente, sobrina de obispos— y las hermanas, siempre preocupadas por cumplir con los cánones sociales, y del otro el padre, católico *in pectore* y librepensador, azote de los sectores más reaccionarios de la Iglesia, y el hijo que es también su discípulo.

Abad Gómez es un ejemplo para quienes lo rodean: médico siempre comprometido con los débiles y los pobres, luchador social que asimila la prevención de las enfermedades con su tarea como impulsor de políticas de salud pública, defensor de los derechos humanos que antepone sus principios a su propia integridad física. “Para mi papá”, escribe el hijo, “el médico tenía que investigar, entender las relaciones entre la situación económica y la salud, dejar de ser un brujo para convertirse en un activista social y en un científico”. Esta manera de entender la medicina lo lleva a participar en decenas de iniciativas de mejoramiento social, pero también a enfrentarse con las autoridades políticas y académicas de Medellín, de Antioquia y de todo el país, las cuales no dejan de mirarlo con recelo.

La veta familiar del libro alcanza su cumbre con la muerte de Marta, una de las hermanas del narrador, “la estrellita, la cantante, la mejor estudiante, la actriz”. Aquejada de un melanoma, la joven de dieciséis años no tarda en consumirse; la felicidad cotidiana de la familia Abad se resquebraja de pronto, como si fuese un anticipo de

lo que vendrá. A partir de este momento, el libro entra en una fase más sobria y contenida, enclaustrada entre dos muertes. Porque, a partir de la muerte de su hija, Abad Gómez se involucra cada vez más en la acción civil, justo en los años en que el conflicto colombiano se endurece.

“No sé en qué momento la sed de justicia pasa esa frontera peligrosa en que se convierte también en una tentación de martirio”, escribe el hijo en lo más cercano a un reproche a su padre. “Estoy seguro de que mi papá no padeció la tentación del martirio antes de la muerte de Marta, pero después de esa tragedia familiar cualquier inconveniente parecía pequeño, y cualquier precio ya no parecía tan alto como antes”.

Los enfrentamientos de Abad Gómez con las autoridades se vuelven más profundos, más radicales. Primero como presidente de la Asociación de Profesores de la Universidad de Antioquia, y luego como parte del Comité para la Defensa de los Derechos Humanos, el viejo médico ya no se frena en su denuncia de la injusticia y los homicidios perpetrados por los paramilitares (y también por los guerrilleros, aunque a veces los justifique). “Su última lucha fue, pues, también una lucha médica, de salubrista”, escribe su hijo. “Publicaba artículos en los que señalaba a los torturadores y a los asesinos. Denunciaba cada muerte, cada secuestro, cada desaparecido, todas las torturas”. La integridad de don Héctor parecía mantenerlo a salvo de las amenazas, pero los tiempos se hacían cada vez más ominosos. Entre junio y agosto de 1987, decenas de profesores y alumnos de la Universidad de Antioquia fueron asesinados. Los rumores advertían del peligro en que se hallaba, pero él decidió no ceder al miedo y a los chantajes.

El martes 25 de agosto de 1987, por la mañana, fue asesinado el presidente del gremio de maestros de Antioquia, Luis Felipe Vélez. Contrariando las advertencias, don Héctor decidió acudir al velorio, que se celebraba en el sindicato de maestros, acompañado por Leonardo Betancur, uno de sus discípulos, y una extraña mujer que luego desaparecería. Cuando Abad Gómez y Betancur ingresaron en el local en la calle Argentina, dos jóvenes en motocicleta los persiguieron y les dispararon a quemarropa.

Advertidos de la tragedia, su esposa, una de sus hijas, su yerno y su hijo escritor se precipitaron al lugar y rodearon al cadáver. La esposa alcanzó a quitarle la argolla de matrimonio y el hijo encontró en su bolsillo una lista con los nombres de quienes habían sido amenazados de muerte y el poema de Borges: “Ya somos el olvido que seremos”. Un olvido al que estamos todos condenados pero que, gracias a estas tristes y luminosas páginas, nos permite recordar, aunque sea durante unos efímeros instantes, la noble existencia de este hombre bueno. **U**